

XVII

Se fuga el general Díaz de Puebla. Altos mandos que se le confían, al trasladarse el Gobierno á San Luis.

1863

Qué peripecias las del general Díaz, para efectuar su fuga de Puebla!

Era la víspera de la anunciada marcha á Veracruz de los generales hechos prisioneros, 21 de Mayo de 1863. El general, desde el instante en que, sin embozo, protestó seguir cumpliendo sus deberes de patriota y de soldado de la República, quedó en condiciones de buscar los medios que le fueran dables para volver á la liza sangrienta de nuestras luchas. Resuelto á fugarse de entre las tropas que lo custodiaban hasta con centinelas de vista, se lanzó á correr la aventura. Veamos lo que en su Autobiografía dice á este respecto:

«El 21 de Mayo, víspera de nuestra marcha para Veracruz, estando en la prisión, me quité mi uniforme á todo riesgo, en los momentos en que entraban y salían los deudos y amigos de los prisioneros para despedirse de ellos.

»Comprendí que era fácil que no me distinguieran entre los entrantes y salientes; bajé resueltamente la escalera, embozado en un *plaid*, cosa que no era notable porque hacía mucho frío; y para que el centinela no me marcara el alto, y me hiciera pasar por un reconocimiento, como lo hacían con todos los que salían, aunque fuesen paisanos, pensé que sería bueno dirigir algunas palabras al oficial de guardia, para que el centinela, al verme salir después de haber hablado con el oficial, tuviera menos sospecha. Con esta intención, llegué al zaguán; pero me encontré con que el comandante de la guardia que estaba allí de pie, era el capitán Galland, del 3.º de zuavos, que habiendo sido prisionero nuestro, había hecho conmigo alguna amistad. En consecuencia, ya no le dirigí la palabra, sino que simplemente le saludé y salí á la calle sin que me conociera, aunque probablemente sospechó algo, porque en seguida subió á ver si estaba yo al lado de mis compañeros. Varios de éstos lograron también evadirse de la prisión, ya en Puebla, ya en el camino, y al fin pocos salieron para Europa.

»Tuve muchas dificultades en mi tránsito, porque las calles de Puebla estaban vigiladas por fuerzas de traidores; pero afortunadamente encontré á un amigo que me llevó á su casa, donde se había refugiado también el general Berriozábal, que como yo se escapó de la prisión, y que contaba con el apoyo de uno de los oficiales traidores, quien nos facilitó la salida de la ciudad, obteniendo el

santo y seña de la plaza, y pasándonos con los suyos como si perteneciéramos á su patrulla, todo á cambio de una remuneración pecuniaria que Berriozábal le pagó. El doctor Cacho, que era de los que acompañaban al general Berriozábal, se quedó en Puebla, para que yo pudiera salir en su lugar y hacer uso de su caballo.

»Caminamos toda la noche por los montes, á fin de evitar el camino real, y nos perdimos de tal modo, que al amanecer del día siguiente nos encontramos otra vez frente á Puebla, oyendo los *alertas* de los centinelas que estaban á las orillas de la ciudad. Nos dirigimos entonces al pueblo de San Miguel Canoa, y presentándonos como oficiales de los traidores, porque sabíamos que el cura era amigo de Almonte, le suplicamos que nos diera un guía que nos llevara á Tlaxcala. De allí nos dirigimos á la hacienda de Techalote, y después á Apam, en donde encontramos una pequeña fuerza de caballería que protegió nuestro arribo á la capital, cuando ya se nos perseguía de cerca; pues el cura aludido, sospechando de nosotros, dió aviso de nuestro paso por San Miguel, y á virtud de ello fuimos seguidos con empeño, pues se juzgó por las noticias que se transmitieron, quiénes podíamos ser.»

Una vez en México el general Díaz, se presentó al señor presidente Juárez, quien le manifestó que entre él y el general Berriozábal resolverían quién de ambos habría de encargarse de la cartera de Guerra, y quién del mando del ejército de primera línea, de que en aquellos momentos se podía disponer; á lo cual contestó respetuosamente el general, que obedecería, como cumplía á su deber, cuanto se le ordenase, pero que, por más que sentía satisfacción al ser honrado por el señor Presidente con aquella manifestación de lo que se pensaba hacer en asunto tan delicado como era el reparto de tan altos puestos cual aquellos á que se refería, se veía en el caso de observar, inspirado por el bien del servicio de la nación, que habiendo muchos jefes antiguos y ameritados, no causaría buen efecto que él, joven y recién ascendido á general de brigada efectivo, en Puebla, fuese designado para mandarlos; y esto, por otra parte, añadió, en los momentos difíciles en que nos hallamos, podría dar pretexto á los tibios para abandonar, con cierto cariz de razón, las filas, que tanto necesitan de todos sus hombres y de todos sus jefes. El señor Juárez reflexionó sobre la gravedad de aquella observación, inspirada, como dijo Díaz, en el deseo por el mejor servicio de la nación, y al fin desistió de su propósito; mas quiso que el general Díaz mandara una división de las mejores tropas y le autorizó para que entre todas las presentes las escogiera, lo cual verificado, al frente de división semejante, marchó muy en breve para Ayotla, rumbo por donde el enemigo habría de dirigirse á la capital.

El día 29 de Mayo se decretó que se trasladaran los Poderes de la Federación á San Luis Potosí; el 31 se clausuró el período de sesiones del Congreso, y después de esto, Juárez y el personal todo del gobierno salieron con rumbo á la expresada ciudad. Al general Díaz se le previno que volviera á México con la división de su mando, debiendo de allí seguir la marcha del cuerpo de ejército á cuyo frente iba el general D. Juan José de la Garza. Se incorporó con dicho jefe en el Contadero, sobre el camino de Toluca, y luego el señor de la Garza se adelantó con una escolta á la ciudad dicha, dejando el mando de todas las tropas al general Díaz, con orden de continuar el viaje.

Apenas alejado el general en jefe, se subleva un batallón de guardia nacional de México, que iba á retaguardia de la columna. Los jefes de ese batallón, coronel Rangel y teniente coronel don Pedro de Garay, habiéndose ocultado en la capital y no salieron al frente de su tropa, lo cual la desmoralizó hasta llegar al extremo de sublevarse. Se redujo á los amotinados, se capturó á los que se

desbandaron, y se ejecutó conforme á ordenanza á los que correspondía, en presencia del cuerpo de ejército, que llegó por fin sin más novedad á Toluca.

En esa ciudad carecían las fuerzas de sueldo y de víveres, pues de México, ya ocupado por los franceses, no se les mandaban recursos. El general de la Garza no dictaba providencias para salvar la situación, y á instancias del general Díaz se dieron algunos pasos para conseguir los fondos más indispensables, á fin de que la división de este jefe prosiguiera, como prosiguió, su marcha para Querétaro, á donde llegó sin novedad, habiéndolo efectuado días después el resto del cuerpo de ejército en fatales condiciones, pues sin transportes, casi sin sueldo, y sin quien, dominando verdaderamente, impusiera el orden, su marcha había sido un desastre.

Sobre este particular se expresa en los siguientes términos el general Díaz en sus apuntes:

«A pocos días llegó el general Garza, con las otras dos divisiones de su cuerpo de ejército enteramente destrozadas; pues además de que las mulas eran insuficientes para conducir su artillería y bagajes, algunos jefes habían dispuesto de parte de ellas para usos propios, y el camino estaba regado con piezas de artillería y material de guerra, siendo también de consideración las deserciones que habían sufrido muchos cuerpos. El general Garza salió para San Luis y entregó el mando del cuerpo de ejército al general Echeagaray, con cuyo jefe las cosas marcharon mejor.»

Veamos lo que entretanto pasaba en la ciudad de México.

El 9 de Junio, Forey hizo su entrada allí, y dió á la nación un manifiesto que contenía un verdadero programa, en el cual se hacía saber que los bienes del clero, nacionalizados por Juárez, quedarían en poder de los que nuevamente los poseían, y que debía procurarse que en México existiera la libertad de cultos. Así, pues, lo esencial de las leyes de Reforma quedaba en pie. Cruel desilusión sufrió el bando conservador ante la manifestación del jefe francés, que hablaba á nombre de Napoleón.

Forey designa treinta y cuatro personas escogidas, á fin de que éstas elijan un triunvirato que debiera ejercer el poder, y doscientos quince notables de la capital, que integrasen una junta que debería acordar en definitiva la forma de gobierno para el país. Tal triunvirato, que compusieron don Juan N. Almonte, D. Pelagio Antonio Labastida, arzobispo de México, y el general D. Mariano Salas, teniendo como suplentes al obispo Ormachea y á D. Ignacio Pavón, se mostró netamente conservador.

El día 27 nombró su gabinete el gobierno provisional de los triunviros.

El 7 de Julio quedó integrada la junta de notables, la cual el 10 dió su resolución sobre el gobierno que debía regir en México, en los términos siguientes:

«1.º La nación mexicana adopta por forma de gobierno la monarquía moderada, hereditaria, con un príncipe católico.

»2.º El soberano tomará el título de Emperador de México.

»3.º La corona imperial de México se ofrece á S. S. I. y R. el príncipe Fernando Maximiliano, archiduque de Austria, para sí y para sus descendientes.

»4.º En caso de que, por circunstancias imposibles de prever, el archiduque Fernando Maximiliano no llegase á tomar posesión del trono que se le ofrece, *la nación mexicana se remite á la benevolencia de S. M. Napoleón III, emperador de los franceses, para que le indique otro príncipe católico.*»

No hubo ni fueron necesarios debates: la resolución transcrita no emanaba de la opinión ni de la voluntad de los presentes, sino del acuerdo del emperador de los franceses.

El 11 de Julio se declaró que el triunvirato debía denominarse *Regencia*.

Por lo que respecta al general Díaz, había permanecido en Querétaro; y el general Berriozábal, encargado de la Secretaría de Guerra, desde San Luis Potosí, donde el gobierno se había establecido, había ido á dicha ciudad y dádolo allí á reconocer como general en jefe del cuerpo de ejército, sirviéndole el general Echeagaray de cuartel-maestre.

Nuestro biografiado, tan luego como fué puesto al frente de la situación, empezó á desarrollar su genial iniciativa, á fin de dar reorganización y vida á aquel hacinamiento de soldados que se ponía á sus órdenes. Dice así, al hablar de este asunto:

«Comenzamos entonces una seria organización, refundiendo en un solo batallón cada dos ó tres batallones diminutos, y empleando la mayor parte de los días en recomposición de armamento, de material de artillería y trenes, adquisición de mulas, establecimiento de academias de oficiales, ejercicios de tropa, y todo lo que era indispensable para dar á la fuerza la verdadera forma militar que iba perdiendo. Situé una división en Celaya, otra en Salvatierra, una brigada de observación en Arroyo Zarco, y dejé el núcleo principal en Querétaro.

»En seguida, y por orden del ministerio de la Guerra, cambiamos el cuartel general á Acámbaro, donde permanecimos muy poco tiempo, porque los movimientos del enemigo nos hicieron comprender que su punto objetivo era Querétaro.»

En Acámbaro, el señor Juárez dispuso que fuese á servir al lado del general Díaz el señor licenciado D. Matías Romero, que había acompañado al Presidente en los días más aciagos de la guerra de Reforma y que había tenido la representación de México, con carácter de ministro plenipotenciario en Estados Unidos. El citado señor había solicitado que se le enviase con su antiguo condiscípulo el general Díaz; así es que éste lo recibió con beneplácito, y dándole á reconocer como coronel, lo nombró su jefe de estado mayor y secretario.

Poco duró á su lado, pues en los últimos días de Julio, habiéndolo enviado con delicada comisión cerca del señor Juárez, éste, por urgencias de alta política, dispuso de él para que de nuevo volviese á representar al país ante el gobierno de Estados Unidos.

El general Díaz estaba en el caso de visitar sus fuerzas en los diversos lugares donde las había mandado á tomar cuarteles; pero como los caminos estaban interceptados por gavillas numerosas de bandidos, que afectaban servir á los franceses para cometer depredaciones á mano armada, era indispensable que las expediciones para efectuar semejantes visitas las hiciera con fuerte escolta, y aun así, corriendo peligros que se esquivaban de diversos modos.

Dos hermanos, apellidados Troncoso, eran los que contaban con mayor número de bandoleros entre los que infestaban los caminos que partían de la ciudad de Querétaro hacia el Oriente, pues llegaban á reunir los tales individuos hasta cuatrocientos jinetes.

En tal situación, y habiéndose proyectado que el general Díaz se pusiera en campaña, se le mandó relevar en el mando que tenía con el general Comonfort, quien, como su antecesor, quedaba en el caso de ir á inspeccionar sus tropas á donde se hallaban. El citado general Díaz le hizo explicaciones sobre los riesgos que había al recorrer los caminos; pero el señor Comonfort no dió gran importancia al asunto, y á pocos días de encontrarse en Querétaro, fué á hacer una expedición en carruaje y con cincuenta caballos de escolta. Al dirigirse de San Miguel de Allende á Celaya, fué sorprendido sobre su marcha y asesinado por los hermanos Troncoso, cerca de Chamacuero.

Antes de que el señor Comonfort fuera á hacerse cargo del cuerpo de ejército del Centro,

estuvo por algunos días desempeñando la secretaría de Guerra, y había en ellos sido llamado á San Luis Potosí el general Díaz, con el fin de que, con su acuerdo y el del general Berriozábal, el señor Comonfort resolviera un plan de operaciones que dió por resultado el que Díaz fuera relevado por el mismo Comonfort, como hemos expresado, para dirigirse á otros lugares lejanos á abrir campaña.

Dice sobre esto el general:

«El general D. Ignacio Comonfort fué nombrado ministro de la Guerra y el Gobierno me llamó á San Luis Potosí, para discutir un plan de campaña con los generales Comonfort y Berriozábal; y como resultado de esta conferencia, dispuso el Gobierno que, con la primera división, marchara yo á Oaxaca, por los Estados de Querétaro, México y Guerrero, estableciendo en Oaxaca mi cuartel general, con objeto de que sirviera de base para la formación de un nuevo cuerpo de ejército de Oriente. Al efecto, se me daba mando sobre los Estados de Oaxaca, Veracruz, Chiapas, Tabasco, Yucatán y Campeche, el cual se debía extender más tarde, y en virtud de nuevas órdenes, á los de Puebla y Tlaxcala.»

La primera división, con que el general Díaz iba á efectuar una travesía bien difícil en territorio donde el enemigo habíase impuesto ya, era la que desde México estuvo bajo su inmediato mando, con algunas modificaciones entre las fuerzas que la integraban, y se componía de tres brigadas y una sección de artillería: la primera brigada, mandada por el general D. José María Ballesteros, se formaba del batallón de Oaxaca, que era á las órdenes del mismo general Ballesteros; del batallón quinto móvil de México, mandado por el coronel D. Manuel González, que al llegar á Oaxaca tomó el nombre de tiradores de Oaxaca, y del primero ligero de México, mandado por el teniente coronel don Juan Espinosa y Gorostiza. La segunda brigada, que era á las órdenes del general D. Plácido Vega, á la sazón gobernador de Sinaloa, y el cual había quedado en San Luis, iba mandada por su mayor de órdenes, coronel Apolonio Angulo, y se componía de los batallones 1.º de Sinaloa, cuyo jefe era el mayor Diódoro Corella; 2.º de Sinaloa, á las órdenes del mayor Jesús Toledo, y 3.º de Sinaloa, mandado por el teniente coronel Crispín de S. Palomares. La brigada de caballería, á cuyo frente iba el general Mariano Escobedo, se componía del regimiento lanceros de San Luis, mandado por el coronel Ramón Reguera, y de la legión del Norte, cuyo jefe era el coronel Eugenio García, y en su ausencia, porque había quedado enfermo en San Luis, lo substituía en ese puesto el mayor Jerónimo Treviño. La sección de artillería iba á las órdenes del capitán Martiniano León, y con ella tenía la división un total de algunos dos mil ochocientos hombres.

Ya veremos, pues, cómo con esas fuerzas ejecuta una elíptica marcha estratégica, desde Querétaro hasta Oaxaca, esquivando ó sosteniendo encuentros y venciendo todas las dificultades que halló á su paso.

